



LUIS CORREA

*Las Ideas Políticas
de Cecilio Acosta*

1-22
2-151

209



CARACAS
H. y Tip. Vargas
1926

4

LUIS CORREA

V86
C82

*Las Ideas Políticas
de Cecilio Acosta*



CARACAS
Lit. y Tlp. Vargas
1926

51.22
- 151

*Leída por su autor en el Salón de
Conferencias de la Universidad de
Caracas, el 6 de marzo de 1926.*





I

Cecilio Acosta es una de las figuras centrales de la historia literaria de nuestro país (1). La admiración de los pósteros ha comenzado a diseñar el monumento de su gloria, que ha de ser en el mármol, puro como su vida, noble como sus pensamientos, impecable y severo de líneas como su estilo de escritor. Vivió y murió pobre, en lucha desigual y constante con las acechanzas de un medio inculto, bárbaro y desolador. Y este fué el drama de su existencia.

Para comprender la obra de este gran escritor, es necesario retrotraerse a la hora en que floreció su talento. Nació en los momentos en que se desgarraba una sociedad secular, para dar paso a una nueva, atropellada y sin norte. Del silencio de la Colonia, construida por la fe, plantada por el catolicismo como un contrapeso a

(1) Nació en el pueblo de San Diego de los Altos, en las cercanías de Caracas, el 3 de febrero de 1818. Fueron sus padres el honrado agricultor señor D. Ignacio Acosta y la señora Doña Margarita Revete de Acosta. En carta al doctor I. Riera Aguinagalde (OBRAS COMPLETAS, volm. II, pág. 39) el propio Acosta da los siguientes datos acerca de su familia: "Mis hermanos y yo, en efecto, hemos debido la existencia a buenos padres; raza fuerte por el espíritu, celosa en el cumplimiento de los deberes, y fácil y pronta para el bién. Mi padre murió dejando su familia pequeña, yo el mayor, de diez años; y salvo una hermanita que murió en años harto tiernos, los demás recibimos todo género de educación e instrucción: Pablo y yo en la Universidad de Caracas y el Seminario Tridentino; Florencio que acabó sus días a poco, en el acreditado colegio del caballeroso señor Ignacio Paz del Castillo; y la única hermana que nos queda, María de los Angeles, en la casa paterna: baste decirte respecto a esta última, que hasta estudió buena parte de latín. Todo obra de nuestra madre, que buscaba los mejores profesores, que se ingeniaba en los recursos, que se desvivía por nosotros; y te lo cuento, para que veas cómo una viuda con escaso patrimonio puede hacer tanto". Murió en Caracas el 8 de julio de 1881.

las rebeldías espirituales que ensangrentaron la Europa y dividieron en dos el reinado de Jesucristo, surgía con la guerra de la Independencia un orden de cosas desconcertante y avasallador. Por fianza la gloria de las batallas y los tumultos de la plaza pública, por encaminamiento el cuartel, por puja la del más fuerte, renacían con la lucha las cualidades esenciales de una raza batalladora, que puso siempre al Héroe por encima del Santo y al Capitán por encima del Poeta. Cuando con los últimos disparos de las baterías del Callao se pensó de manera formal en la reconstrucción, y reapareció coronado de vírgenes naciones el ensueño anfictionico de Bolívar, habían sido devorados por el incendio revolucionario el bienestar, las riquezas, los hábitos sociales, las costumbres benignas capaces de dar inmediata solidez al edificio de la República. Y así como en la contienda armada apareció el Héroe, el Dictador, como síntesis culminante de la raza, en el momento de la reconstrucción apareció otra de las características raciales en el individualismo anárquico y disolvente. Y por sobre el ideal de una grande América, unida por lazos que no pudo desquiciar la tormenta y que sólo el Héroe veía en mitad de la noche, aparecieron las patricias celosas y turbulentas que dieron remate a la potencia imperial de España en el continente americano.

Venezuela no podía escapar a esa fatalidad histórica. Los defectos y virtudes de sus hijos estaban dominados por la imaginación y la audacia que observó Rafael Núñez como uno de los moldes en que se vació el genio de la nación y que Morillo sintetizó con esta frase de soldado: *"En el Virreinato han escrito mucho y los doctores han querido arreglarlo todo a su modo. En Caracas al instante desenvainaron las espadas"*. Desenvainamos las espadas y cayeron con la Guerra a Muerte los ornamentos de la sociedad, los patricios de 1810; desenvainamos las espadas y se desmoronó toda una ideología aposentada en las tradiciones de nuestra vida municipal; desenvainamos las espadas y borramos con un soplo

aciago el esplendor naciente de las letras; desenvainamos las espadas y dimos suelta a los instintos sanguinarios que duermen en el fondo de toda multitud aletargada, de suerte que al constituirse en 1830 la República sobre las ruinas de la Gran Colombia, estaba todo por hacer, *todo en escombros, todo en memorias*, como lo dijo en frase entristecida el propio Libertador.

¿A quién la tarea formidable? En una sociedad cuartelaria en la que eran excepciones los que no soñaban con *gozar del fruto de las adquisiciones de su lanza*, al más fuerte de todos; al que con su valor personal puso cerco a la horda llanera y la llevó por donde quiso; al que mejor representaba las confusas aspiraciones de una democracia turbulenta, sobre la que la idea de Patria no ejercía otro dominio que el pago de sus magníficas proezas, la impunidad para el robo y la venganza, el fácil escamoteo de la justicia, y el ascenso a los cargos públicos con derechos semejantes o superiores a los ejercidos en Europa por los señores medioevales. He nombrado al General Páez.

Por ambición y por cálculo, este hombre rudo, este pastor de leones, comprendió lo que la Patria le pedía en ese momento incierto de su destino. Sujetó a su autoridad presidencial, como lo hiciera en las llanuras a su autoridad caudillesca, el desenfreno y el furor de sus propios compañeros; aniquiló en Payara los gérmenes levantiscos que retoñaban en un sentimiento oscuro de libertad, y con un concepto simple del gobierno, semejante al de los patriarcas de los pueblos primitivos, se dió a la empresa de implantar el orden y de sostener a todo trance el sosiego que pedía una población casi destruida por veinte años de una guerra asoladora. Tuvo la fortuna de contar para el consejo con algunos hombres, muy pocos, de los salvados del espantoso naufragio: restos vivientes de aquella sociedad sorprendida en su marcha natural y pacífica por los gritos de la turbanulta por ella lanzada a la Revolución sin prever sus lamentables consecuencias, y según la expresión de

José Domingo Díaz, "como un juego de niños". Fué así como surgió y se consolidó la situación política comprendida entre los años de 1830 y 1846, calificada de goda por la contienda periodística y el interés partidario. El doctor Gil Fortoul ha definido con mucha exactitud el papel del General Páez en esa época, asimilándolo al de los reyes constitucionales de Inglaterra (2).

Cecilio Acosta fué un vástago postrero de esa generación, que contribuía al apaciguamiento del rebaño, e iba lentamente enseñando al pueblo el amor a las artes del trabajo, educándolo con el ejemplo de sus austeras costumbres, tímida por instinto y conservadora por una ley natural de equilibrio. Hijo del Seminario Tridentino y de esta ilustre casa que amó como él sabía amar, "oprimiendo a agasajos" (3); rama florida del árbol de un hogar en que las virtudes de antaño arraigaron de manera profunda; hijo de una mujer de piedad ejemplar, fortalecida por la oración en

(2) En el prólogo de la traducción francesa de "CESARISMO DEMOCRÁTICO" de Vallenilla Lanz, el notable historiador y crítico señor Marius André ha emitido los siguientes conceptos acerca del General Páez: "*Mais ce Páez qu'on a comparé, avec juste raison, à un Khan tartare, est une très haute et lucide intelligence, il a tous les dons innés du chef militaire et de l'homme de gouvernement; il fait penser à ces rudes barons illetrés du moyen age, dont parle Auguste Comte, qui étaient à la fois de farouches guerriers, des administrateurs habiles et des magistrats parfaits. Devenu dictateur souverain du Vénézuéla sous le titre de président constitutionnel, après la dislocation de la grande Colombie, il est un des chefs d'Etat les plus admirables de l'Amérique entière, un mainteneur de l'ordre, un sauveur*".

(3) Don Cecilio Acosta fué, muy joven, Catedrático de Economía Política de la Universidad de Caracas, ciencia a la que consagró particular atención y llegó a dominar con señorío, ligada como se halla a la solución de ingentes problemas de la vida nacional. Don Cecilio se preocupó con particular ahínco de las reformas que en su tiempo pedía la Universidad, a la que quiso insuflar aliento moderno, a fin de que su plan de enseñanza se acordara con los avances y transformaciones del progreso. Desde 1856 (COSAS SABIDAS Y COSAS POR SABERSE) enunció que "la enseñanza debe ir de abajo para arriba"; que "el progreso es más ley individual que ley de los gobiernos"; que "la luz que aprovecha más a una nación no es la que se concentra sino la que se difunde"; y que por consiguiente debía darse al instituto una orientación cónsona con su época, dejar a un lado las prácticas añejas, los fatigantes problemas del peripato, y difundir la enseñanza popular. "¿Hasta cuándo se ha de preferir, decía, el Nebrija, que da hambre, a la cartilla de las artes, que da pan, y las abstracciones del colegio a las realidades del taller?" Y luego pintaba el triste cuadro de la vida profesional que se incubaba bajo aquel régimen vetusto, y se burlaba con donaire de los doctores ayunos de ciencia y ahitos de lucubraciones indigestas que fabricaba la Universidad, inútiles para la vida social, llevando a cuestras un título que no daba clientela, y en el cerebro oscurecido por el fracaso, a germen de insensatas rebeliones.

medio de los sinsabores de su pobreza; con algo o mucho de la ingenuidad del campesino y de su pasión celosa por la tierra que le da el pan, Cecilio Acosta vino al mundo con diez años de retardo. Contemporáneo de Baralt, de Fermín Toro, de Juan Vicente González, otra acaso hubiera sido su vida, aunque tampoco fué de flores el camino de estos últimos. Ley humana es la lucha, y a poco que se le mire aparece en el hombre el mono lúbrico y sangriento de que nos habla Taine. A ese pasado, sin embargo, gustó siempre volver los ojos para pintarnos de mano maestra el saber enciclopédico de Bello, las gracias del estilo de Baralt, la austeridad patricia de Fermín Toro, el alma limpia y los modos cortesanos del Obispo Fortique, y la pasión encendida en iras de Juan Vicente González. Comparando la suya con esa época de trabajo silencioso y de agitaciones serenas, escribió en 1869 estas amargas palabras: "La generación actual ha vivido entre frecuentes conmociones: tiene alto espíritu y grandes talentos; pero no es la mejor coyuntura para desenvolverlos un estado político recién entrado en los odios o recién salido de ellos. La sangre borra, la pobreza abate, las necesidades transigen; en medio de lo cual ya que no esterilidad ni abandono absoluto, no se encuentra por lo común ni vagar de estudios, ni estímulos de gloria, ni altivez de miras, sino cuando más esfuerzos ahogados y arranques generosos a fuerza de valientes. Las guerras civiles hacen yermo en los poblados y yermo en los institutos de enseñanza; en medio de ellos sólo bullen y forman algazara los enconos". Y no que Cecilio Acosta fuera un conservador en el sentido estricto del término, como le llamaron más de una vez, ni un quietista a la manera de los fakires de la India. Exaltó al progreso como fórmula de salvación para su patria; pero tuvo el miedo de las novedades peligrosas, de los saltos bruscos, del afán de destruir por destruir, de la civilización sobrepujada, del "trasiego continuo" en que "nada permanece fijo ni tiene suelo para la plantación de las ideas, nada es sucesivo y crecien-

te, que es la condición fisiológica del progreso". Tuvo por escudo una fórmula admirable, "la vida es obra", muy próxima del concepto emersoniano de la acción.

¿Cuáles fueron entonces las causas del fracaso de Cecilio Acosta como hombre público? Desde luego y por encima de todo su carácter, formado para la renunciación y el ensueño. Como en el sombrío castellano de Elsinor, había una notable desproporción entre sus actos y sus pensamientos: fué un Hamlet del derecho. Un contemporáneo suyo, de cuya imparcialidad es garantía la acendrada amistad que le profesó, el doctor Felipe Tejera, escribió de él que era un *espíritu dúctil y en extremo cándido, que pasaba en un instante de la certeza a la duda, de la afirmación a la negación, según las impresiones extrañas que recibía* (4). Y el propio Martí, su panegirista insigne, al compararlo con Jovellanos dice que éste *le saca ventaja en sus artes de vida, y en el empuje humano con que ponía en práctica sus pensamientos.*

Era un contemplativo, no un místico. Le faltó aliento para dar a su palabra, henchida como el grano maduro, el surco fecundador del sacrificio. La belleza de una frase, la música de un período, la plástica de un concepto lo encadenaban al éxtasis como ciertas maceradas figuras de Zurbarán y de Ribera. Tuvo, sin embargo, desde muy joven, la conciencia de su propio valimiento y el orgullo de su vida sin mancilla. "Lo que yo digo perdura", exclamó alguna vez en grito airado, como si bullera dentro de su pecho la cólera de un artífice del Renacimiento. Su humildad no era la máscara insoportable con que pretenden los necios esconder lo que no tienen; era la limpia y transparente humildad del agua que va cantando por entre las peñas y rompe en hervores ante el fragor de la catarata.

(4) Esta opinión de Tejera fué contestada por el doctor Victor Antonio Zerpa, mas hay que tener en cuenta que Zerpa carecía de espíritu crítico, y que llevado de sus pasiones fué sólo o un panegirista o un detractor.

Nada más natural que en sus horas de introversión se creyera con derecho a influir en los negocios públicos de su país. Patriota de corazón, le dolían las cosas de su tierra, las cosas de su América enfiebreada. Amartelado del derecho, lleno de honduras en cuestiones de historia y de economía política, enamorado como un ateniense de su ciudad y de su casa, llegó a la edad viril sabiéndose apto para encauzar a sus compatriotas por senderos de luz y de justicia. “Tengo, decía en 1876 bajo el poder omnímodo de Guzmán Blanco, el aliento de la esperanza, la fe en que he de servir; y eso es todo. Mañana no es hoy”. Mas, cuán lejos estaban los tiempos idílicos corridos entre 1830 y 1846, escenario apropiado a su naturaleza, marco dorado al fuego vivo de su temperamento, dentro del que su figura hubiera adquirido el austero relieve de nuestros viejos patricios.

Una prédica de prensa cuya importancia crece a medida que se estudian los medios ínfimos de que disponía frente a un poder que lo avasallaba todo, había terminado por reencender la guerra en el territorio nacional. No se discutían principios sino personalidades; se trataba de cambiar a unos hombres por otros; de la alternabilidad de los cargos públicos; del descuaje de hábitos administrativos inmovilizados como la mujer de Loth; de la fundición de costumbres que sobrevivían como rezagos de la vida colonial. Vencido el General Páez, a quien los hechos habían convertido en el poder moderador recomendado por Bolívar en Angostura, aparecieron con más fuerza los instintos niveladores de la multitud, las aspiraciones oclocráticas, y la barbarie adquirió en ambos bandos combatientes aquel aspecto de ferocidad, aquel reflorecimiento de pasiones viles y mezquinas que retardaron el progreso y caracterizan de manera siniestra un largo período de la vida nacional.

Fueron altos y bajos; días de esperanza que cerraban noches de angustia; ilusiones que se marchitaban al amanecer. El ruido

de las armas ensordecía el canto litúrgico que acompañaba en sus tumbas a los últimos representantes de la Independencia. Algunos llegaron a dudar de las virtualidades de la República y encendieron hogueras fúnebres a la desesperanza; cayeron otros con un amargo rictus de angustia en los labios aridecidos. En la confusión, en el tumulto, se apagaban sin eco las luces de la inteligencia, se cerraban escuelas y colegios, languidecía la Universidad. Y aquí el alto valor ejemplar de la vida de Cecilio Acosta. En su casita de la esquina de Velázquez, desnuda de muebles como la vió Martí; solo con ese amor por su madre, que tuvo en él todos los síntomas de un caso patológico; irrespetado, como en símbolo de aquellos tiempos, por un representativo del chafarote y la mascada; cenceño de rostro; tardo de maneras; *todo de negro hasta los pies vestido* como vió al segundo Felipe la Musa de Manuel Machado, Cecilio Acosta no oscureció su mente con presagios funestos; no puso en duda el porvenir; escogió los más vivos colores para pintar cuadros risueños de nuestra naturaleza y nuestra historia; soñó que "Venezuela será un día la Grecia antigua de los tiempos modernos", y derramó por sobre algaradas y dolores efímeros el óleo consolador y fortaleciente de su optimismo cristiano.

II

La base para el estudio de las ideas políticas de Cecilio Acosta está en la sinceridad inquebrantable de su fe republicana. Fué un hijo de la Revolución amamantado por la lectura del CONTRATO SOCIAL y de EL ESPÍRITU DE LAS LEYES. A Montesquieu y a Rousseau debió las primeras orientaciones de su pensamiento. Bebió así en las mismas fuentes del romanticismo, y fué un romántico de educación clásica, como la mayor parte de los pensadores venezolanos de la primera época. Hablando de la América expresó que "la República aquí es orgánica porque la República es la

aspiración primera del hombre en su estado natural". Y se prendió de esta idea, que con ligeras variaciones encontramos en muchos de sus escritos. Con todo, no era Cecilio Acosta hombre para detenerse en los recodos y floridos declives del camino. "Vivir es navegar" escribió en la misma ocasión; y como el ansia de conocimientos era en él tan natural y necesaria como el aire para la respiración, sacó de sus copiosas lecturas y particularmente de su trato íntimo y constante con los historiadores y filósofos ingleses, los rumbos que encauzaron en definitiva su vigorosa personalidad. Su espíritu crítico siempre alerta lo llevó a adelantarse a sus contemporáneos, separándose del ginebrino en la interpretación del CONTRATO SOCIAL. Negó que existiera ningún contrato entre gobierno y nación, para entrar de lleno por las vías de la ciencia experimental. "Nunca ha existido esa vida mostrenca en que cada uno ha andado desgarrado. Sería ciertamente muy difícil, imposible, señalar los varios matices y sombras de la vida social desde que aparece el rudo diseño hasta que se ve el retrato perfecto de la sociedad. Pero desde la tribu a la nación, desde el aduar al palacio, desde el nómada al ciudadano, el espíritu de asociación se ve crecer como se ven surgir al venir el alba los montes desde lejos: bultos informes primero, copas verdes después con asientos sumergidos, por último las mismas moles saliendo de un mar de tinieblas a un mar de luz con sus tendidas faldas que van a buscar su apoyo a los valles". Y ampliando estas mismas ideas, en su discusión con "OMEGA": "El hombre como sér fisiológico no tiene sino pasiones; es avaro, cruel, vengativo, rapaz, disoluto, asesino: no tiene sino deseos inquietos, tendencias criminales, impulsos indefinidos, arranques ciegos, como una bestia feroz. Pero además es un sér de razón: si daña ve que lo dañan, si no cumple sus obligaciones pueden faltarle mañana a sus derechos, si salta al cercado ajeno ya puede contar con que el propio no guarda segura su mies". Con lo que nos parece tropezar

con los procedimientos de anatomía psicológica, con las *dependencias* y las *condiciones* empleados por Taine en sus "ORÍGENES DE LA FRANCIA CONTEMPORÁNEA".

De la Revolución francesa, en síntesis, gustó por sobre todo la expansiva solidaridad humana que lo llevó a trabajar con ahínco por el bienestar de la especie y a encender luces en la penosa navegación del derecho, cuyos resplandores nos llegan todavía. Formuló, mucho antes que el Presidente Wilson, el principio de las nacionalidades, el derecho de "todo pueblo, si tiene la fuerza para ello, de declararse independiente y señor". Y halló por aquí el camino de la América, la tela del sueño boliviano de la unión como norma de la grandeza futura de los pueblos redimidos por la espada. Hay algo en Cecilio Acosta que es como una tímida anticipación del pensamiento de Rodó: la idealidad sonriente y la fe en el triunfo de ARIEL sobre CALIBÁN, del espíritu sobre la materia. Ambos veían una América libre y pujante, ennoblecida por las irradiaciones de la palabra y el esplendor de las artes y las letras: una América intelectual, si se me permite el mal uso de este vocablo. "Acierta usted en antever para nuestra América, escribía Acosta a Florencio Escardó, el espléndido porvenir que le prepara la suerte, y en señalar en los sucesos contemporáneos, tomados en globo y estudiados en sus tendencias generales, el desarrollo de ideas sociales y políticas que van en marcha rápida y triunfal a hacer, en época que ya casi se toca, la industria común, la agricultura próspera, las artes florecientes, las ciencias populares, la libertad práctica, y a abrir para la humanidad una nueva era, no en que se defiendan resabios antiguos o se luche estérilmente contra ellos, sino que el progreso se siente en medio de una naturaleza flamante y rica en dones y de los recursos que ofrece un talento fácil y un ingenio feliz, para poblar los caminos, ocupar los rumbos del mar, inundar los mercados, llenar las universidades, museos y escuelas, y transformar el continente en una inmensa

área en que no se oiga otra cosa que el silbato de la locomotora, el ruido del tráfico, la voz del derecho, la reclamación de la tribuna, el contento del hogar, y la historia de una felicidad que pasa, aumentada con los anales de otra felicidad que le sucede”.

Sometiendo el cuadro a límites más ceñidos, Colombia fué siempre uno de los objetos de su predilección. Verdad es que entraba en mucho la gratitud cuando Acosta hablaba de la República que parte límites y una común herencia de gloria con Venezuela. Sabido es que los más encendidos elogios que tuvo en vida Cecilio Acosta se los debió a plumas colombianas, y que sus amigos fueron Caro y Pombo, Cuervo y Madiedo, Adriano Páez y José María Samper (5). Para Colombia tuvo acentos de inspiración profética, y este arranque insuperable: “Mientras los Andes subsistan, mientras la historia no se borre, mientras el nombre de Bolívar esté escrito en sus colosales creaciones, el vínculo de nuestro amor será imperecedero. No: no debe relajarse nunca. De otra suerte, las sombras de Boyacá se levantarían para decirnos: Rompéis con la discordia lo que nosotros sellamos con la sangre”.

Se armó caballero del derecho internacional para defender a la América de las acechanzas y las imputaciones calumniosas que amontonaba contra ella un sórdido egoísmo. Escribió para ser oído de la Europa en su interesada campaña contra los tropiezos de nuestros ensayos institucionales. Y en este punto coincidió con los grandes pensadores hispano-americanos de su época: con Alberdi, con Sarmiento, con Lastarria, con Hostos, con Bilbao.

A Antonio Leocadio Guzmán, que le llamó “*el más empede-*

(5) La siguiente anécdota contada por M. V. Montenegro en sus *Esbozos de Venezolanos Notables* (Cartagena, 1902) no carece de sabor y pinta con un rasgo sutil la psicología de los dos personajes en cuestión: “*Muchos años atrás me encontraba yo en Cartagena, cuando el finado doctor Rafael Núñez, Presidente que fué de Colombia, me anunció que pensaba hacer un viaje de paseo por Caracas: yo le recomendé que le hiciera una visita a Cecilio Acosta. De regreso Núñez en Colombia, le pregunté si había tratado al doctor Acosta y qué concepto le merecía. Recuerdo que me contestó:—Es DEMASIADO MODESTO.*”

modo de los oligarcas de Venezuela” y lo comparó con Marat y Robespierre, le contestó con un gesto de indignación que hace pensar en cómo son de terribles las tempestades que conmueven a los lagos de aguas más profundas y serenas (6). Y aprovechó para reiterar su profesión de fe liberal, sin desdenes para con el pasado, antes bien, sabiendo como él lo sabía, que los muertos mandan y que somos los hijos de nuestros padres.

“Nuestro credo no es abstracto, escribía en 1867; en política se pertenece a alguna comunión, y nosotros pertenecemos a la nuestra, por ideas, por sentimiento y por entusiasmo patriótico. Es derecho nuestro y es cariño nuestro, legítimo el úno, inocente el otro. De los dos partidos de Venezuela, el uno data desde el año de 1830. Con todos sus errores y pecados, más políticos que administrativos, ha dado días serenos, paz sabrosa y bellos anales”. Y páginas más adelante: “El gran tema de la filosofía social, es el mejoramiento y adelanto de las clases pobres, y su ascenso al terrado de la alta vida social y política, y el sacudimiento de toda traba que pueda embarazar la legítima libertad física, moral, económica, intelectual y de derecho, en su más amplio desarrollo”. Con lo que equilibraba el fiel de la balanza.

En su polémica con “CLUDIUS” (Idefonso Riera Aguinagalde) están contenidos los principios cardinales de política nacional que

(6) Fué en los días en que, bajo el efímero gobierno del General Alcántara, se intensificaba una campaña de escándalo contra la autoridad dictatorial del General Guzmán Blanco. Cecilio Acosta, creyendo de buena fe en que se preparaban días mejores, escribía en *La Tribuna Liberal* de Bolet Peraza, que alimentaba la reacción con escritos incendiarios y la empujaba hacia las vías de hecho. El odio al personalismo, que fué uno de los resortes de la vida moral de Cecilio Acosta, pugnaba por encontrar fórmulas adecuadas a su temperamento conciliador, cuando de manera brusca fué atacado por Don Antonio Leocadio Guzmán en *La Opinión Nacional*. La réplica de Acosta fué pronta y quemante, cavándose así más hondamente en las diferencias de opiniones que alejaban de atrás a los contendores. Cada uno de ellos tenía un concepto distinto de la vida, que hacía imposible todo avenimiento. Cecilio Acosta, que admiraba sin duda la fábrica de progreso material que sustentaba el edificio del SEPTENTRION, se rebelaba por temperamento contra la fuerza expansiva y absorbente de la voluntad de Guzmán Blanco. En esa fecha (1877) escribió Don Cecilio su célebre carta a José María Samper y su estudio sobre los partidos políticos, que pintan muy bien las zozobras de su ánimo viril frente al poder que se pretendía eliminar.

enunció desde 1855. Sostenía "CLODIUS" el derecho de las revoluciones y por ende la utilidad de la guerra en el desarrollo de los pueblos. Era en los días en que se tramaba la revolución que se llamó de los AZULES y en que la anarquía tomaba entre nosotros sus formas más características y repugnantes. Cecilio Acosta en lid gallarda que recuerda la de los antiguos templarios, rebatió victoriosamente a su amigo y contendor, proclamando una vez más su odio a "las revoluciones que destruyen y atrasan"; su fe en el orden "como primera condición de la vida social y elemento poderoso de la paz", y en ésta "como única condición y único camino para el adelanto de los pueblos"; y su esperanza en la evolución de los grupos sociales que "por la misma fuerza del progreso se mezclan, se confunden, se modifican, se transforman, como sucede en el proceso de las asimilaciones químicas". Y formuló un programa que en medio de sus quimeras da certeros golpes sobre el fondo de la cuestión: "Nuestro sistema es el del calórico, que cunde y vivifica, y no el del incendio, que vuelve todo cenizas. Aunque sea menos conmovedor, siempre será más digno ver a Cobden en Manchester a la cabeza de la Liga, predicando la reforma del Arancel, que ver a Marat en la tribuna de la Convención provocando a la guerra y la matanza".

Sabía que toda la culpa no era de los gobiernos en aquella orgía de sangre en que nos ahogábamos a mediados del siglo XIX; que un fatalismo de raza pesa sobre nuestros actos y que "tenemos, son sus palabras, el mal hábito de creer que las constituciones están en los libros, cuando las constituciones no tienen más raigambre que las costumbres".

Varón prudente, espíritu zahorí, alma ingenua que supo "asociar la profundidad con el candor". Cuando de las dolencias de la Patria se trataba, para buscarles remedio echaba a un lado hasta sus creencias religiosas; tornábase de providencialista en positivista; no tenía miedo de ver la verdad por entre la maraña de

los prejuicios humanos, y pensaba con Lord Macaulay *que la ciencia del gobierno es ciencia experimental, y que como todas las que se hallan en su caso es ciencia progresiva.*

La austeridad de Catón resultaba incómoda a sus compatriotas, que ya comenzaban a envilecerse con los hábitos orientales que penetraban en la médula de las costumbres romanas. Las virtudes de Cecilio Acosta, "humilde por pensamiento reflexivo", también resultaban incómodas en medio de los embates de una sociedad embrionaria. No mendigó como el romano el pan en tierra extraña, mas para dar a sus huesos el reposo definitivo, fué necesario ocurrir a la caridad pública ante el grupo estupefacto de sus amigos. El Gobierno dictatorial al que, guiado por un noble sentimiento de patria, había servido en la formación de los códigos que tanto lustre dieron a la administración llamada del SEPTENIO, se cruzó de brazos el día de sus exequias. La prosa de Martí, como un clarín guerrero, iba a vengarle de este desdén inexplicable (7).

LUIS CORREA.

(7) Las frases entre comillas son todas de Cecilio Acosta; las de los demás autores citados están en bastardilla, y en media línea los nombres de las obras.

